

Para un habeas corpus ampliado

GONZÁLEZ, Alejandra / Universidad Nacional de Avellaneda – Universidad de Buenos Aires
alejandra.adela.gonzalez@gmail.com

» *Palabras claves: Habeas corpus – Materia – Carne - Conciencia*

La propuesta es escuchar al cuerpo en un texto literario, en una imagen. Y las violencias que se ejercen contra él. ¿Se trata de oír el murmullo de la carne silenciada? ¿De una materialidad ajena a los desvaríos de la cultura? ¿Atender la inquietud de un deseo perdido en los laberintos del capital? ¿Volver a las fuentes, al origen materno y su lengua sensible?

Multitud de imágenes y de textos hacen metonimia. Pero se reitera una incomodidad que finalmente se vuelve escrita. La incomodidad de un libro testimonio, de una reflexión que se produce desde la interioridad desplegada de una experiencia. Alguien aquejado de un enfermedad diagnosticada autoinmune, incurable y que entabla un diálogo, una pelea, un nuevo estar en el mundo a partir de una discapacidad, una condición, un desafío... Entre otras mutaciones, produce escritura. Se trata de *Games of Crohn*, Diario de una internación, cuya autora Leonor Silvestri, da cuenta del proceso de diagnóstico y tratamiento de una enfermedad autoinmune en la que se vio sometida a los regímenes de internamiento del sistema hospitalario, la violencia desembozada de la medicina como tecnología de los cuerpos, a la furia capacitista y normalizadora de la moral saludable. El libro que tengo entre manos, me obliga a un proceso de introspección. Mi propia enfermedad, la internación, los tratamientos, el poder médico, la deserotización forzada, mi cuerpo alienado de mí, el dualismo cartesiano en su máximo esplendor, el cuerpo máquina fallando, el yo desesperado por que finalmente no es más que cuerpo. El ego exigiendo sanación, la salud perdida, la normalidad, la invisibilidad del aparato en que nuestra conciencia se aloja. La culpa por haber enfermado, por causar molestias, por alterar el orden del mundo, donde creo que todavía no me corresponde morir.

Mi cuerpo se me aparece en su pliegue de carne, reducido a lo más privado, a la materia innominada que no se corresponde nunca con el alma, ni con la imagen del yo. Me siento escindida y furiosa. Mi cuerpo se resiste a toda sustancialización representable y por lo tanto dominable. No lo puedo abolir. Porque parece que no hay yo, ni escritura, ni trabajo, ni familia, ni amigos, ni sexo, ni pensamiento sin cuerpo.

¡Qué cartesiana resulté! Cuerpos propios excluidos junto con Dios y con el mundo, de un reino de conciencias, reclaman su sitio. Pero no son múltiples. Es uno e indiviso conmigo. Y no quiere volver, llamados ahora por una metafísica del goce. Estoy escindida o tal vez, en sentido inverso, por primera vez soy mi cuerpo en un estado completo, como el de la infancia o la enfermedad, quizás la vejez. Lo heterogéneo me constituye, por más que quiera expulsarlo. Radicalidad de una experiencia íntima y a la vez catalogada, tomada por los sistemas de normalización médicos. Resulta que finalmente los yoes se parecen, pero los cuerpos no. Y yo que predicaba la diferencia, ahora estoy agazapada en mí, en este dolor que me constituye, en este cansancio, en estas cicatrices. Resulta que la diferencia venía por el cuerpo, y yo lo llevaba al gimnasio disciplinadamente para que me lo volvieran igualito. Heterogeneidad radical de una materia que nunca termina de informarse.

Cuerpos como máquinas reproductoras de capital, de especie, de órganos o de placeres perversos, es lo que admite la globalización cultural. Donde una conciencia reina, a los cuerpos solo les queda el aislamiento, la enfermedad y las terapias que lo ultrajan. Hacer público el cuerpo, bajo el erotismo del consumo, solo lo vuelve visible al precio de su amoldamiento a las leyes del mercado. Por eso, reclamar desde el repliegue de interioridad, implica cargar con la propia carne, sus dolores, sus incomodidades, sus flatulencias, sus desechos, y su deseo errante.

En nombre de la Belleza, la Moral, la Producción, o la Salud, se promete a los cuerpos la propiedad del futuro si se atreve a su sometimiento a las máquinas del presente. Pero la propiedad de lo propio, que no pretende abolir las marcas del tiempo en los cuerpos fatigados de la comunidad política, da que pensar. Habeas corpus en estos tiempos de miseria.

Es claro y distinto que los cuerpos de los desaparecidos brillan por su ausencia, pero hay muchos modos de forcluir cuerpos no sujetados al yo. Sus excusas: debilidad muscular, inconsistencia racional por duelo, miembros de más, órganos de menos, enfermedades, agonías, senectud...

Que el desierto avance, también significa que hay cuerpos o partes del cuerpo tachados en la imagen. Escotomizados. El de las sirvientas/negritas/chinitas en La ciénaga o el del negrito-perro-golpe-en-el-auto de la mujer sin cabeza en las películas de Lucrecia Martell, todos indiscernibles entre sí, masa amorfa ininteligible. Pero también cuerpo tachado el de las historias clínicas, la reducción de un sujeto de múltiples atribuciones al déficit en relación al canon de salud que lo identifica: cáncer de mama, síndrome de crohn. Desaparecido el nombre, tuteado el paciente/enfermo/cliente, queda el registro de una conciencia que ingresó como un cuerpo, y que ahora es un diagnóstico que recubre imaginariamente el todo. Dependencia absoluta respecto de la medicalización. Me portaré bien, no discutiré, trataré de no enterarme de información que no puedo sostener con mi cuerpo asediado. La angustia no es del alma, tiene registros físicos. Algo extraño me habita, lo produce "Yo". Tengo la culpa de todo lo que produzco. Mi enfermedad, mi vejez, pero ahora, si me entrego plenamente y sin reticencias, quizás me devuelvan a la vida normalizada. Pero primero debo integrarme a un mundo donde los cuerpos se confunden con los ruidos de una rutina hospitalarias. Es inútil buscarlo entre el instrumental resistiéndose a su conversión en cosa. No lo puedo encontrar, aunque desde siempre estuvo ahí. Pero ahora se me aparece convertido en parte del engranaje. Lo ha capturado la maquina industrialista creadora de objetos idénticos y por lo tanto indiscriminables entre sí y del paisaje que los contiene. Mi cuerpo se esfuma porque no es el lugar de la diferencia subjetiva.

Habito un mundo de cuerpos fatigados en una comunidad política desde cuyos bordes se caen a menudo briznas ininteligibles, un negrito, una chinita, un canceroso, un crohn. Parece que recuperarme como cuerpo fue a condición de alojar un alien. Alien da menos miedo que decir cáncer.

Consumidos, corroídas por el uso, la enfermedad, cuerpos desechables que se deben normalizar pronto para su reintegro al ciclo productivo. Sí, claro que el negocio de la farmacopea alopática y también alternativa, también da cuenta de nosotros.

El sistema médico extrae saber de nuestros cuerpos. Endoscopias, investigaciones, estudios invasivos, controles permanentes. Cuerpo recorrido, en cuanto se lo puede ubicar en un protocolo, sigue su rutina. Tranquiliza. Moriremos en los términos que la estadística impone. Curados, educados y castigados por nuestras malas prácticas, Pensar el cuerpo es construir una tecnología de la dominación. Lo sabemos, todos hemos leído a Foucault, pero es

bien diverso sentir como vas perdiendo el pudor, como desfilan médicos practicantes, técnicos de toda laya tocando mis tetas, en realidad, mi teta izquierda, estirándola, cortándola, reubicándola para sacarle fotos, emitir rayos, marcarla de diversos modos. Pero su objetivo es el emplazamiento de un punto central que sea el lugar de registro del saber. Se trata aquí de terminar con la oscuridad, las secretas concavidades del cuerpo que soy, para extraer de él en tanto fuente de la propiedad, un máximo de productividad bajo la atenta vigilancia del amo. Domesticar para la reproducción con la meta final de internalizar las reglas de la máxima eficacia. Delinear la imagen del cuerpo, para calcular el algoritmo de su rendimiento. Evitar siempre y en todo los casos, el ocio o la *scholē* de los antiguos, malditos porque dejan divagar el alma, que tal vez sea lo mismo que el vagabundeo de los paseantes. Cuerpo como volumen en el espacio que debe ser integrado a una planificación política. Arquitectura que lo vuelca en una espacialidad de la dominación a partir de un registro de su desplazamiento y de una organización de sus posiciones. Utopía de un orden total calcado en el plano de una ciencia que se vacía en técnicas: multiplicación indefinida de los cuerpos de acuerdo a una normativa sanitaria. La perversión de la forma mercancía termina descalabrando la sucesión de sujetos en una objetividad inerte, y los funde en una multiplicidad inagotable, en la que no se destacan. Pero no se trata más que de la reducción de los sujetos a funciones: el verdugo eficaz, el objeto a ser fragmentado. He aprendido a ser mi propio verdugo: se dice en masculino. Entrego mi cuerpo para que lo castiguen, curen, solo por miedo a morir. Invisible o domesticado por el canon. Le prometo a mi cuerpo en secreto, no volver a olvidarlo, si me da la oportunidad de seguir viviendo. Le juro que si nos amoldamos a los dispositivos, no aplacaré la diferencia que somos. Y como esa diferencia se revela irreductible, le juro no volver a ser yo sin él. Le prometo ser mi cuerpo. Antes como cuerpo de mujer, profesional, argentina y madre. Ahora enferma oncológica. Los demás atributos carecen de importancia. Entré en una nueva taxonomía, desconocida para mí. Con mi cuerpo y pseudo identidad yoica he perdido también la política de la vida. Diálogo con otros compañeros de gnosografía sobre los efectos de los rayos sobre la piel, el que aguanta, el que está en las diez de última, los niños que nos parten el corazón hasta a nosotros que estamos aterrados. Los individuos sometidos a regímenes de internamiento, o a repliegue dentro de sí, desaparecen a los ojos de los otros. Este nuevo modo de lo privado no es muy distinto del vive oculto de los estoicos, la reacción instintiva y aterrada ante una polis que se derrumba, luego mutada en concepción filosófica.

Si mi cuerpo no es lo dado ni tampoco lo construido en la historia, entonces se trata de postularlo. Lo postulo. Mi cuerpo no es una fatalidad que se me presentificó atacándome por sorpresa, ni un ideal alcanzable por el esfuerzo de un alma perfectible. Se trata de vaciar para él un lugar, cavar un surco en lo real.

Cómo habitar con mi cuerpo la morada burguesa que acepta la uniformidad de una existencia que se desentiende de la vida para no morir? No se trata de defender a las mónadas en su corporeidad, sino de reconocer en la carnalidad a ese otro cuyo nombre se pronuncia en función de un pacto que no es de las conciencias. No se trata de la egolatría cartesiana de un varón, blanco, heterosexual y eurocentrado en tiempos de paz relativa. Pero tampoco me hace una con mi cuerpo, pensarme mujer sudaca profesora de filosofía.

Es que mi cuerpo denuncia una división en la que me sostuve: la ambigüedad de una pertenencia al reino de las cosas y el de sí mismo. Ningún cuerpo es necesario, el mundo no me necesita, pero desde que existo soy imprescindible para mí y para los lazos que se han ido tejiendo desde mi cuerpo, cuando creía que se daba desde mí

alma. Ahora soy este cuerpo fallido, discapacitado, marcado para siempre, peligroso, sintiente, enfermo. No quiero predicar una ontología de la carne en oposición a una filosofía de sí conciencialista. Sino inscribirme corporalmente en mi propia historia, en una totalidad siempre en trance de descompletarse.

Y pido también para la comunidad política que habito, el viejo y olvidado derecho liberal al cuerpo. Como espacio de aparición, si, donde no tienen que emerger solos los varones blancos propietarios ciudadanos imbuidos de un capacitismo normativo y adaptado a las medidas burguesas de la convivencia en un pacto político de autodefensa que nadie firmo. Como el viejo Hobbes siempre mostró, es el miedo el que nos une, pero lo siente cada quien, es un miedo que reconozco me singulariza pero también me hace solidaria. Por eso pido, un habeas corpus para los cuerpos no normalizados, para mi cuerpo (solo puedo decirlo ahora en primera persona) enfermo, vacilante, inadaptado, indócil, un habeas corpus ampliado en estos tiempos de miseria.